

DON JOAQUÍN LORENZO LUACES.

D. JOAQUÍN LORENZO LUACES.

---

LA NATURALEZA.

Á D. FELIPE POEY.

¡Naturaleza! Transparente espejo,  
En que de Dios la vista se recrea.....  
¿Cómo callar, cuando mi pecho encien de  
La augusta majestad que te rodea?  
Bulle en la mente gigantesca idea  
Que en vano quiero que la dócil pluma  
Fiel reproduzca..... Arrebatada y loca  
Vuela mi fantasía, y como el curso  
Del rápido torrente me arrebatada.  
En vano con sus fueros arrogante,  
Quiere mi firme voluntad sañuda  
Contener el impulso devorante.  
El verso desbordado  
Se precipita audaz y se resiste,  
Aunque mi pecho fatigado gima,  
Á verse entre las redes subyugado,  
Con que humilla al poeta electrizado  
La pompa estéril de la inútil rima.

Todo es en ti belleza  
Y fecundo poder, Naturaleza.  
Rompiendo la unidad de las llanuras,

En caprichosa variedad activa,  
Amontonas las moles descarnadas  
Formando montes de escarpada cumbre.  
Los verdes llanos á sus pies extiendes  
Y, arrojando simiente productiva,  
La agreste playa y el erial transformas  
En bosque espeso de maleza inculta.  
Del tórrido Sahara dilatado  
Bajo un cielo de nubes despojado  
Y un suelo estéril, calcinado, muerto,  
Verdes islas esparces, donde ufanas  
Reposan las infieles caravanas  
Que atraviesan el líbico desierto.

De tu seno desbórdanse los bienes  
Que el indolente humano  
Por juzgarlos tributo merecido  
Desdeña sin cordura.  
Él contempla al Oceano,  
Blanca espuma llevando por cimera,  
Sus olas estrellar en la ribera;  
Y más inerte que la dura roca,  
Se conserva impasible.  
Y en tanto el mar que embravecido muge,  
Á cada fuerte y desigual empuje  
Sus aguas en la costa deposita,  
Y en eterno combate  
Las muertas aguas con sus aguas bate.  
Y luego, ¡Providencia previsor!  
El sol las evapora,  
Y á tu impulso vital cristalizadas,  
En blanca sal se quedan transformadas,  
Que el sol poniente con sus rayos dora.

En vapores, alzándose á la esfera  
Las olas espumantes,  
Forman el trono azul de los querubes,  
En las flotantes nubes  
Que el industrioso labrador espera.

Del éter en el velo cristalino  
El agua del Océano  
Sus átomos amargos modifica,  
Y forma luego aljofarada escarcha,  
Granizo duro y acopada nieve,  
Al hacer al estéril Capricornio  
La anual visita, la deidad que humilde  
El Inca veneró. Mas luego pródiga  
Haciendo descender en el verano  
Las aguas dulces, prez de los sitios,  
Da á la tierra las gotas del rocío  
Y de Mayo los ricos aguaceros,  
Que matizan la hierba con festones  
De flores exquisitas, que en su brillo,  
Ya prometen al rústico sencillo  
De Baco y Ceres los opimos frutos.  
¡Sí! De tu radio en la extensión gigante  
Se enlaza todo, todo se encadena,  
Desde el insecto imperceptible al tacto  
Á la deforme y colosal ballena;  
Desde la altiva rosa y azucena  
Al pólipo rastrero y al humano.  
Los árboles de espléndido ramaje,  
Las plantas, el arbusto delicado  
Respiran como el hombre inteligente,  
Como fieras y brutos.

El hálito que arrojan perfumado  
De las hojas, y ramas poderosas,  
Del principio de vida despojado  
Que absorbieron las fibras codiciosas,  
Al gigante del bosque marchitara  
Si de nuevo con ansia lo aspirara.  
Mas el hombre está allí.—Tomando ansioso  
El mortífero aliento que exhalara  
El árbol corpulento  
Y que á la humana vida contribuye,  
Por necesaria ley en cambio vierte  
Lo que el árbol aspira codicioso,

Y que en el pecho humano causaría  
El estertor horrible de la muerte.  
La inmóvil planta, el animal sensible,  
Porque ambos gocen de vigor cumplido,  
La muerte lanzan y la vida aspiran;  
Y, en cadena que nunca se desata,  
El uno toma lo que al otro mata  
Porque más el mortal te reverencie,  
Al mirar tu grandeza,  
Madre común, gentil Naturaleza.  
Palacio digno del Señor del mundo  
Teniendo por Oceano el firmamento,  
La tierra en el espacio arrebatada,  
Establece á tu voz el movimiento,  
Surcando la región de lo infinito  
Por leyes eternas conducida,  
¿Quién la sostiene en el ignoto espacio  
Impidiendo su rápida caída?  
¿Quién la arroja en el éter insondable  
Dentro de un radio de atracción estable,  
Haciendo que por siempre gire en torno  
Del astro rey en órbita invariable?  
¿Quién hizo que la luna  
En su plateado refulgente coche  
En pos de ella el espacio recorriese,  
Y su lámpara púdica encendiese,  
Por darle honor, en la callada noche?

¡Naturaleza, tú! Tú solamente  
Con la mano que formas  
Del monte en los agudos peñascales  
El pálido topacio, y el platino  
Y el simpático imán. En las entrañas  
De los ásperos montes escabrosos,  
Á impulso de tus fuerzas productivas  
El oro sordamente se elabora  
Que al hombre causa tan febril locura.  
Sus duros pedernales  
Ricas vetas esconden de metales

Más útiles al hombre;  
Que en apretado encierro,  
Honor de los productos naturales,  
Extienden fecundísimos ramales  
El cobre dócil, inflexible el hierro.

¡Mirad! Esa montaña que no sufre  
En su mole severa  
La huella asoladora de los tiempos,  
Es de mármol riquísima cantera  
Ó mina extensa de inflamable azufre.  
Y tal vez con un fuego devorante,  
Por misteriosa fuerza alimentado,  
Tú fundes el carbono  
Que al indo avasallado arrancan fieros,  
Transformado en purísimo diamante,  
Los tiranos que dueños de Golconda  
Protege Albión con lábaro triunfante.  
En profundas cavernas  
Ocultas manantiales cristalinos,  
Que gota á gota el peñasal minando  
Raudos se forman anchurosa vía,  
Y luego, transformados con estrépito  
En ríos espumosos,  
Arrastran del Océano á los cristales,  
Fertilizando diferentes zonas,  
Del ancho Plata el ámbito extendido  
Y el inmenso caudal que enfurecido  
Al asalto del mar lanza Amazonas.

Si desde el valle el monte contemplamos,  
Nuestra vista se inflama  
Abarcando el brillante panorama  
Que con ávidos ojos devoramos.  
Entreabiertas del día á los albores,  
Parece que saludan la presencia  
Del padre sol, las aromadas flores;  
Las flores que del tallo desprendidas  
Y á la industria del hombre sometidas,

Después esparcen regalada esencia,  
Sirviendo á la oriental magnificencia;  
Y en pebeteros de sin par valía  
Embriagan, en divanes relucientes,  
Al déspota, terror de los creyentes,  
Que oprime el cuello á la imperial Turquía.

¡Ay! Esas flores que en el tallo lucen,  
Lecciones dan al alma discursiva.  
Mirando el devaneo  
Con que la rosa, audaz como coqueta,  
Á Céfiro galán provoca y reta  
Para morir mañana  
De una virgen al pie de la ventana.....  
¿Quién no aplaude la tímida violeta,  
Que en el bosque sombrío  
Se oculta humilde de la vista humana  
Y muere, como vive,  
Apacible, modesta y atractiva?  
Cuando la virgen que al Amor da culto  
La boca del amante  
Sobre la suya siente convulsiva.....  
Si al beso tiembla y al pudor se acoge  
Y en sí misma, temblando, se recoge,  
¿Hace más que la casta sensitiva?

Mira el mortal con affigidos ojos  
Al golpe osado y fuerte  
De la pálida Muerte  
Derribados los seres que adoraba.  
Naturaleza conmovida entonces  
En sus entrañas guarda los despojos  
Que abandonó la vida. El polvo yerto  
La tierra de las tumbas fertiliza,  
Y hace brotar la flor que se matiza  
Del Iris celestial con los primores.  
¡Ay! la esponjada flor del cementerio  
Á la orilla naciendo del sepulcro,  
La eternidad del hombre simboliza;

Pues las hojas, adorno de la fosa,  
Pedazos son del cuerpo que reposa  
Y en las flores su ser inmortaliza.

Los árboles que extienden  
Los ramajes pomposos  
Y altivos y frondosos  
Sombra dan al viajero,  
Por la segur cortante derribados  
Serán, Naturaleza, arrebatados  
Para formar los cóncavos navíos  
Con que oprime Bretaña poderosa  
La colosal y amenazante espalda  
Del pérfido Neptuno. El arquitecto  
Con ellos alzaré su altivo nombre,  
Esculpiendo su cifra gigantesca  
De San Pedro en la cúpula famosa,  
En los muros del grave Vaticano  
Y en el soberbio templo de Sofía.  
Formando delicados instrumentos  
Encontrarán las leyes inmutables  
Con que fija el astrónomo profundo  
La carrera eternal de los planetas;  
Y, deshaciendo los errores vanos,  
Harán honor al dilatado mundo  
Del sabio ilustre en las augustas manos.

Más humildes, apenas levantando  
De la tierra los débiles ramajes,  
Otras plantas más útiles florecen.  
El verde lino, que se dobla al viento,  
Del arroyo en las blancas pedrezuelas  
Formará los magníficos ropajes  
De los monarcas de la vieja Europa,  
Y los leves y diáfanos encajes  
Que diestra labra la industrial Bruselas.  
Del algodón en los nevados copos  
Están, como en embrión, estos tejidos,  
Que el universo atónito proclama,

Y que dan, con laureles merecidos,  
Á Albión orgullo, y á Lutecia fama.

Entre productos de riqueza doble,  
En radio más extenso,  
Brotó Ceilán ardiente la canela,  
Especias el Birmán, Arabia gomas,  
Anatolia produce las higueras  
De más precio. Con púrpura teñido  
El aromoso plátano Zancibar;  
Cuba las piñas de fragante almíbar,  
Y allá en las tierras donde nace el día,  
Donde el Simún la atmósfera obscurece,  
El dulce dátíl, que salvaje crece  
En la inculta región de Berbería.

Mas no sólo en terrenos tan feraces  
Proclamas tu poder, Naturaleza.  
En el desierto mismo,  
Sólido oceano, como el mar extenso,  
De candentes mortíferas arenas,  
La tierra infatigable en sus faenas  
Te paga, humilde, el merecido censo.  
Con la fuerza que en todo distribuyes  
Al movimiento eterno contribuyes.  
Sin flores, sin verdor, sin claras fuentes  
El estéril Sahara  
Es padre del Simún, y al viento insano  
Sepultas en extensas soledades;  
Respetando la vida del humano  
Que al dejar el puñal del asesino,  
Por la social unión de las ciudades  
La tienda cambia del feroz beduino.

En cada clima y zona diferente  
Son diversos los árboles y frutos,  
Los insectos, los peces y las aves,  
Voraces fieras y apacibles brutos.  
En incesante lidia

Muestran allá las codiciadas pieles  
El hambriento león de la Numidia,  
Que en selva obscura su rugido exhala,  
La pantera de Java sanguinosa  
Y el tigre real que alimentó Bengala.  
En tierra más distante  
Á la industriosa abeja susurrante  
Roban los hombres, por codicia crueles,  
De las celdillas del panal opimo  
La blanca cera y las sabrosas mieles.  
El gusano que rápido devora  
Las verdes hojas del moral silvestre  
Mariposa ha de ser. — Con vuelo manso  
Descansará sobre las flores leda;  
Empero al hombre dejará, en tributo,  
Capullo espeso de acolchada seda.

Incansable la próspera Natura,  
Propende al bien de sus diversos hijos,  
Ya en las flores del trópico fecundo,  
Ya en los hielos compactos de Finlandia.  
Las focas y los osos de Grenlandia  
Dan aceites y pieles á los hombres  
Que el cano invierno sin cesar aósa;  
Y en el trineo del lapón exiguo,  
Marcando apenas las pisadas leves,  
Infatigable el reno  
Tranquilo cruza las eternas nieves  
Como el noble bridón firme terreno.  
Cubriendo el cuerpo débil  
Con lana suave, que al mortal extasia,  
La cabra trisca en el florido valle  
Que envidia Europa y abandona el Asia.  
Y luego, convertido por la industria,  
El vellón codiciado  
En los chales que teje Cachemira,  
Teñido en grana y en azul se mira  
En los vistosos pliegues del turbante  
Que en torno ciñe de la triste frente

Nabab altivo del domado Oriente,  
Ó enlazado á la mórbida cintura  
Estrecha el cuerpo lindo  
De la virgen que bebe de las aguas  
Que al mar de Arabia precipita el Indo.

Del mar en los profundos arenales  
El enfermo molusco aletargado  
Cuaja en la concha la compacta perla.  
Debajo de los húmedos cristales  
El pólipó, habitante de la roca,  
Borda en ella, en fantásticos dibujos,  
Atrevidos mosaicos orientales.....  
Ya forma habitaciones,  
Que hacen islas surgir del mar airado;  
Así brotó fecunda  
La extensa y desgranada Polinesia.  
Ya del pérfido Oceano borrascoso  
En los verdes y diáfanos raudales  
Fabrica audaz, en playas escondidas,  
Madréporas bruñidas  
De retorcidos ramos de corales.

¡Sí! Todo cuanto existe es un misterio  
Qué revela tu gran inteligencia,  
Desde la roja cochinilla noble  
Hasta el torpe, indolente  
Y feroz cocodrilo,  
Que al margen duerme del fecundo Nilo.  
Á la fogosa cabra triscadora  
Con tan delgados miembros la dotaste,  
Que parece que débil la entregaste  
Del lobo audaz al reforzado diente.  
Pero vivaz, osada, inteligente,  
Con músculos de acero,  
En lo empinado de la erguida roca  
Con su silvestre condición, bizarra,  
Rompiendo verdes tallos, desafía  
Del fiero lobo la torcida garra.

Entregaste al león la cabellera  
Del áspera melena por abrigo;  
Con garras duras y defensas crueles  
Armaste al rey de los desiertos amo;  
Mas no le diste la veloz carrera  
Con que le burla, en la feraz pradera,  
El indefenso y fugitivo gamo.

Todo lo que el mortal en su porfía  
Puede aprender en los famosos libros  
Que nos legó la humana fantasía,  
No vale un solo día  
De meditar, ¡oh gran Naturaleza!  
En tu libro de espléndida grandeza.  
En cuanto el orbe cría  
Una virtud sublime, una belleza,  
Nos muestra la Eternal Sabiduría.  
El arquitecto roba, en la estructura  
De las casas que elevan los castores,  
Lecciones de sencilla arquitectura.  
Aprende á ser enamorada esposa  
La virgen pudorosa,  
En lo profundo de la selva umbría  
Oyendo el suspirar de la tojosa;  
Y el sereno valor y la entereza,  
El guerrero de casco centellante  
Aprende, contemplando la fiereza  
Con que vuelan al campo los bridones,  
Elevando soberbia la cabeza  
Al tronar de los cóncavos cañones.

¡Madre Naturaleza! Tú proclamas  
El poder de tu autor. Sobre tu frente  
Escrito el nombre del Eterno veo;  
Esas letras de fuego que calcinan  
La mente ciega del audaz ateo.  
Yo, del mundo en el piélago insondable  
Insecto miserable,  
Palidezco de miedo, si medito